

utilidad comun, de ahí es que muchas veces atropello á sabiendas con las reglas del arte cuando me ocurre alguna idea que me parece conveniente ponerla de este ó del otro modo.

No por esto se me esconde que se pueden dictar los mismos documentos cumpliendo con el rigor del arte, y tal vez con mas gracia y mejor estilo; pero ¿qué tengo con saber que se puede hacer una cosa con perfeccion, si yo carezco de la ilustracion y genio propio para hacerla?

Por tanto ofrezco al benigno público esta obrita así como he podido escribirla, deseando que sea útil, y esperando que los sabios disimularán los defectos que no hubiere sabido corregir ó evitar mi escasa penetracion.

Tambien debo advertir, que aunque está dedicada al bello sexo, no será enteramente inútil al otro, por las íntimas relaciones que tienen ambos entre sí.

PROLOGO.

En una carta y su contestacion.

Señor Pensador.

He leído con gusto la obrita de V. que tituló: *el Periquillo Sarniento*; y con decirle que la he leído con gusto, la alabo bastante, porque soy poco amiga de leer, y tal ha de ser un libro para que no me canse y merezca que le vea el fin, favor que me ha debido el Periquillo de V.

Entre otros frutos que he sacado de la lectura de esa historieta, uno ha sido reflexionar en el empeño con que critica V. las costumbres de los hombres extraviados, la sal con que procura ridiculizar los vicios mas groseros, y el conato que pone en divertir é instruir á sus lectores.

Pero, Señor Pensador, ¿todo ha de ser á costa de los hombres y para el provecho de ellos? ¿Nunca se ha de acordar V. de las mugeres para darles una enja-

bonadita? ¿Crée V. que somos irrepre-
sibles, ó le parece que nos haria un agra-
vio con emplear su pluma en nuestra cor-
reccion? Advierta V. que en nuestro sexo
hay muchos abusos y muchas preocupa-
ciones perniciosas, comenzando desde
nuestra primera educacion. El amor pro-
pio nos ciega mas que á VV., y los hombres,
cuando dicen que nos aman, no hacen si-
no empeñarse en cegarnos mas.

Síguese que pocos autores, ó tal vez
ninguno, ha escrito contra nuestros defec-
tos en un estilo que nos pique, nos ense-
ñe, corrija y divierta. Casi cuántos has-
ta hoy han escrito sobre esta materia, se
han dividido en dos bandos: unos han tra-
tado de instruir á nuestros padres acer-
ca del modo de educarnos, amontonándo-
les bellos rasgos metafisicos, bastante eru-
dicion y un sin número de reglas acaso
impracticables. Los otros no se han en-
tretenido sino en satirizarnos hasta lo mas
inocente, en llenarnos de oprobios y en

procurar excitar la risa de sus lectores á
nuestra costa.

Ya ve V. que si el fin de los primeros
es laudable, ha sido igualmente infructuo-
so; porque las niñas, que algun dia han de
ser madres, por lo común no son aficiona-
das á esta clase de lecturas serias y que
parece no habla con ellas.

El fin de los segundos es demasiado
soez é indigno, pues hablan mal de lo mis-
mo que apetecen, solo por saciar su espí-
rita locuaz y maldiciente.

Seria, pues, una empresa recomendable
dar á luz una obrita, que sin zaherir ge-
neralmente al sexo, ridiculizara los defec-
tos mas comunes que en él se advierten,

Tal clase de trabajo seria útil y digno
de nuestro aprecio, pues lo leeriamos con
gusto, creyendo no estar comprendidas en
aquella pintura; y á nuestras solas ó á san-
gre fria, advertiriamos que en muchas ma-
terias la sátira y la reprension recaían so-
bre nosotras, que éramos los legítimos pro-

tótipos de aquellos retratos imaginarios.

El plan de esta obrita presenta desde luego un espacioso campo, no solo para divertirnos y satirizar nuestros defectos, sino para instruir á los padres y madres acerca de nuestra educacion, para descubrir los ardidés y artificios de que se valen los hombres para seducirnos y arruinarnos, y para enseñarnos los antídotos mas eficaces para precavernos.

Un librito semejante puesto en las manos de una niña de diez años, produciria mejores efectos que los de la diversion y pasatiempo; pues á la hora crítica se vendrian muchos lancecillos á la memoria de la tal niña, y contendrian como con un freno sus primeros desordenados movimientos.

En fin, Señor Pensador, yo estoy paseándome en unos prados deliciosos que no existen, estoy recomendando el mérito de una obra que deseo, y no se ha escrito. Quisiera á la verdad que probara V. su pluma para este utilísimo trabajo.

El genio de V. serio y observativo, su poco ó mucho mundo que tenga, su estilo adecuado para el caso, me hacen creer que si emprende este trabajo, no puede ser de ninguna manera infructuoso.

Conque anímese V. y coadyuve con los buenos deseos que tengo de abrir los ojos á las damas. Ello, ya advierto que es algo dificultoso; pero lo fácil ni contrae mérito, ni demanda recomendacion ni elogios. Lo arduo sí, se debe emprender aunque no se consiga, porque solo el pretenderlo es digno de la estimacion universal.

Estos generosos sentimientos, fruto de la lectura del *Periquillo*, han agitado mi fantasía, y puesto la pluma en mi mano para suplicar á V. aunque sin mérito, que escriba una cotorra ó lo que quiera, segun la idea que le presento; y de su atencion y cortesía espero no quedará desairada su incógnita servidora que B. S. M.

La Curiosa.

RESPUESTA.

SEÑORITA.

La idea de V. es liberal, sus deseos apreciables, y su estilo insinuante.

A pesar de todo esto, conozco lo débil de mi talento y lo mal cortado de mi pluma para emplearlos en semejante obra.

Pero aun suponiéndome capaz de desempeñar el designio de V., no quisiera conciliarme el aborrecimiento del bello sexo, que seria como necesaria consecuencia de las verdades que estampara.

Confieso á V. con la mayor sencillez, que sea por mi edad, por mi constitucion enfermiza, por el conocimiento de mi ningun mérito, por mi experiencia, por mi corta fortuna ó por lo que V. quiera, no me atrevo á mendigar los favores de las mis señoras; y así el temer hablar contra algunos defectos ó preocupaciones de muchas, no es por excusar sus dengues ni desvíos, sino porque presumo que algu-

nas me contarán en el número de los segundados escritores que V. menciona.

Yo creo que algo conozco á las mugeres, y por una constante experiencia y observacion, he echado mis pronósticos á muchas, y casi siempre los he visto cumplidos al pié de la letra, lo que me hace pensar que quizá escribiria con tino en la materia; pero cuando así fuera, no podia ménos que grangearme una porcion de enemigas que á veces son mas terribles que enemigos; y lo peor es que me las adquiriria á mi pesar, pues no escribiria mi obra, ni acusaria de ningun defecto á las damas, del que no recayera la culpa en la mayor parte de los hombres, lo que era un bello modo de lisonjearlas.

Pero si todo este artificio no bastaba, ¿qué haríamos sino sufrir su terrible anatema, y exponernos á ser el blanco de sus maldiciones y tizeretadas inexcusables?

Mas despues de todo, yo no he de desairar á V. Voy á escribir una obrita, y es-

ta no será una novela, sino una historia verdadera que he presenciado, y cuyos personajes V. conoce.

Por ventura se acordará V. bien de la *Quijotita y su Prima*, damas harto conocidas en esta capital. Pues la historia de estas madamas voy á escribir por complacer á V.

La una de ellas presenta todo el fruto de una educacion vulgar y maleada, y la otra el de una crianza moral y purgada de las mas comunes preocupaciones.

En el contraste de estas dos educaciones se hallará la moralidad de la sátira, y en el paradero de ambas señoritas el fruto de la lectura, que será ó deberá ser el temor del mal, el escarmiento y el apetito de buen obrar.

Si V. no quedare complacida, el defecto estará en mi corto talento, y no en mi decidida voluntad con que deseo servirla y me ofrezco á su disposicion, como su afectísimo servidor que S. P. B.

El Pensador Megicano.

LA QUIJOTITA Y SU PRIMA.

CAPITULO I.

En el que se da razon de quiénes fueron estas dos señoras, y de la primera educacion de ambas.

En una de las casas de esta populosa ciudad vivia D.^a Eufrosina Contreras, muger de D. Dionisio Langaruto, y hermana de D.^a Matilde, esposa de D. Rodrigo Linarte, coronel retirado de no sé que regimiento.

Estos últimos señores vivian pared en medio de la casa de D. Dionisio; pero tan inmediatas estaban las habitaciones, como distantes los genios de las hermanas y concuños; porque D. Dionisio era semi-jóven, rico y totalmente dado al lujo y á lo que dicen gran mundo; y el coronel va se acercaba á los cuarenta y cinco años de edad: su fortuna era harto mediana, y su carácter serio y cortesano.

El primero solo pensaba en el juego,